

A LOS CARLISTAS Y ESPAÑOLES TODOS...

MANIFIESTO DEL REY CARLOS VIII

Aun cuando he procurado contestar con el mayor afecto, uno a uno, a cuantos españoles, en reiteradas ocasiones, se han dirigido a Mí con la expresión de sus sentimientos de cariño, y de lealtad a la Dinastía Legítima, me han impresionado de tal manera, por su número, y por el ansia y devoción de sus emocionados acentos, que no me es posible callar por más tiempo mi sentir, ni mis propósitos; que en esta Comunidad de creencias y de lealtades, que han unido, en tantos años de batallar y de sufrir, al pueblo Carlista con sus Reyes, han marchado siempre, de tal manera juntos y al unísono, por la Misericordia de Dios, éstos y aquél, que no respondería a los deberes que me imponen mi Ascendencia Familiar, y mi condición de Príncipe, si en estos momentos de inquietud y de preocupación por el porvenir no dirigiera a los míos, a los legitimistas, y a todos los buenos españoles, unas palabras de aliento, y de esperanza, que salen del fondo de mi alma, obedeciendo a una convicción firmísima, consciente, como nunca, de mis responsabilidades.

Quizá debiera aún permanecer en silencio ante las circunstancias en que el Generalísimo Franco tiene que hacer frente a tantos peligros como rodean a la Patria, logrando con singular acierto mantenerla en paz, que es un inestimable don del Cielo, y, marcando al propio tiempo, con clara visión de sus deberes, la rotunda rectificación de la vieja política liberal y de constantes claudicaciones, características bien acusadas del régimen que padeció España durante los últimos cien años, al volver la mirada con declarado propósito de restauración, hacia el sentido Católico de la vida, nervio constante de nuestra nacionalidad, así como a su gloriosa Historia.

Pero cuando otros se agitan y apremian, pretendiendo restauraciones, que no serán jamás sin la enérgica y viril protesta Carlista, mi silencio pudiera ser juzgado como deserción; y ante esta posibilidad, y aquellas pretensiones, debo Yo, como Representante de la Dinastía Legítima, alzar mi voz para hacer presente que no se ha extinguido la Raza Familiar a que tengo la honra de pertenecer, ni ha sido ganada por la comodidad ni por la cobardía.

Dios, para Quien no hay nada oculto en el alma humana, sabe que jamás me ha movido, ni me mueve al presente, ambición alguna. Víctima varias veces de la Revolución, ya desde niño, sin otro motivo que el de llevar el nombre de una Estirpe ilustre, conozco del mundo lo suficiente para saber el inestimable valor de una vida apartada de las luchas, que se desliza en la apacibilidad de un hogar cristiano, en el seno de una familia constituida conforme a los impulsos de nuestro corazón, al lado de una mujer piadosa y buena. Pero sé, también, que los Príncipes nacemos para algo más que para pretender nuestra felicidad personal.

Amando a España con no menor amor con que la amaron mis Augustos Tíos y Abuelos, los Caudillos que fueron de la Comunidad Católico-Monárquica, no consentiré que mi nombre pueda ser motivo de innecesaria discordia y, menos aún en momentos de peligro para la Patria. Mas, tengan presente todos también, que a nadie es lícito explotar el patriotismo ajeno en provecho de una parcialidad.

La misión del Carlismo no está acabada ni cumplida. Por el contrario, cada vez se ven más claros los horizontes de su porvenir. Si se atiende a su actuación, siempre heroica y preciosa, como valladar de la Revolución, liberal o marxista, no puede desconocerse que ésta se halle constantemente en acecho para aprovecharse de todo, a fin de levantar su cabeza monstruosa, sin importarle las calamidades que la Patria sufra. De ahí que nadie pueda considerarse tranquilo, ni mirar el porvenir con confianza, sólo porque en el interior se haya acabado de ganar una victoria sobre el heterogéneo conglomerado de las fuerzas del mal.

En cuanto a la restauración de sus instituciones y de sus doctrinas, la sola subsistencia de la Comunidad Carlista a través de tantas adversidades, muestra las bendiciones de Dios, que quiso probar a los suyos para mayores merecimientos y más grandes recompensas. No importa que en país como el nuestro, donde la Revolución tanto ha destruido, y tantas almas ha envenenado, no sea fácil la regeneración como obra de un día. La Gracia de Dios, en un momento, gana el corazón de la criatura humana. Los pueblos, en cambio, reaccionan más lentamente y caminan más por etapas a su salvación, mediante sucesivos esfuerzos y a costa de continuados merecimientos. Hoy todo anuncia los días venturosos en que el Carlismo, última esperanza y supremo recurso de la sociedad española, con cuanto es y representa, presidirá los destinos de una España regenerada, paladín, como antaño, de la Iglesia Católica.

De Mí tengo que decir, al recibir los Derechos de Legitimidad Monárquica que me transmite mi Madre, conforme a la Ley Sucesoria vigente en el Reino, que aspiro a ser digno del honor que confiere esta Herencia, y JURO mantener los Principios y el Programa de Gobierno de mis Augustos antecesores, los Reyes de la Dinastía Carlista. No necesito Yo hacer otra declaración, al suscribir, como suscribo, cuanto Aquellos proclamaron y defendieron con insuperable tesón, sacrificándolo todo. Sé que, al abrazarme a esta Bandera, que tremolaré hasta la muerte, elijo el camino de los sacrificios, constantemente erizado de espinas y rodeado de enemigos. Pero ese es mi deber, y el deber dignifica, ennoblece y justifica el propio vivir. Y sé, también, que la Tradición Española, que recibe su fuerza y su vigor de la Fe Católica, y que es el alma, que no muda ni muere, de la Patria, no desaparecerá jamás, mientras España exista.

Triunfe o no en mis días, la Causa de la Monarquía Legítima, y de la Tradición nacional, estoy segundo de que, con mis leales, ese pueblo sano y fervoroso, sin par en el mundo, habrá ganado una etapa más en el camino de la salvación de España, que al fin y al cabo ha de ser cual la soñaron tantos héroes y tantos mártires como llenan con sus hechos las páginas de nuestra gloriosa Historia.

Que Dios me ayude y que no me falte la asistencia de mis admirables carlistas, y de los buenos Españoles.

CARLOS

Viareggio, 29 de junio de 1943.